

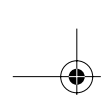
violento de un mundo nuevo que se siente como propio, que en *Ursula* aparece en boca del narrador mestizo, coincide con el análisis de las *Elegías* de Castellanos llevado a cabo en *Auroras de Sangre*. Sin entrar a valorar hasta qué punto el Castellanos invocado por Ospina es el verdadero Castellanos o la proyección de sus propios ideales o una combinación de ambos, lo que es evidente es que el respeto al contexto histórico y a los testimonios originales no resta un ápice de interés a la trama sino al contrario, como lo demuestra el éxito comercial de la novela, con más de 50000 ejemplares vendidos, sólo en Colombia, entre septiembre 2005 y enero 2006.

Julián Díez Torres  
Universidad de Navarra

LLERA, Luis de. *Filosofía en el exilio: España redescubre América*. Madrid: Encuentro, 2004. 223 pp. (ISBN: 84-7490-753-5)

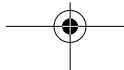
A pesar de que las contribuciones sobre el pensamiento y la cultura del exilio español empiezan a ser numerosas, empezando por el volumen de José Luis Abellán, *Filosofía española en América (1936-1966)* y pasando por los ensayos más recientes, siguen quedando lagunas sobre el tema. En efecto, algunas personalidades de la filosofía desterrada no son del todo conocidas y además permanecen acerca de ellas algunos tópicos difíciles de eliminar. La imagen de un éxodo, que aunque lleno de dolor, se siente también feliz al encontrar a la otra orilla del charco –a menudo en México– un nuevo mundo en el que edificar una nueva vida, es sin duda el lugar común en el que muchas veces tropieza el lector de monografías sobre estas cuestiones. A esto hay que añadir el éxito editorial que unos autores como José Gaos y María Zambrano, por múltiples razones, tuvieron en estos últimos años a diferencia de otros, quizás con menor renombre, que no pudieron ni siquiera hacer oír sus voces ni fundar una escuela de pensamiento en el nuevo ámbito americano. El autor de *Filosofía en el exilio: España redescubre América* logra escaparse de esos tópicos y desentrañar las enmarañadas relaciones entre vida y obra de los filósofos desterrados, olvidados a veces no solo por España sino incluso por el país que los acogió.

Luis de Llera, profundo conocedor de las relaciones entre el pensamiento español e iberoamericano, como lo demuestran sus numerosos escritos sobre el tema publicados tanto en Italia (donde desde hace más de veinte años vive y trabaja actualmente como catedrático en la Universidad de Génova) como en España y América, es también autor, junto a Rosa María Grillo, Paola Laura Gorla y Milagrosa Romero, del volumen *El último exilio en América 1936-1939* (Madrid: Mapfre, 1996). El autor ha evitado, tanto en esta obra como en la recién publicada, ofrecer al lector ideas de fácil y afortunado éxito divulgativo, prefiriendo en su lugar un recorrido crítico en el complejo episodio de la historia de España. A través de seis trabajos, publicados en estos últimos años en Italia y España, ordenados en una continuidad sin interrupciones ni cambios de estilo, justificando así los dos bloques



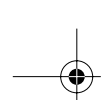
temáticos del título, *Filosofía en el exilio y España redescubre América*, Llera profundiza con espíritu científico, pero sin dejar su usual claridad y brío de escritura, el pensamiento filosófico español. El autor penetra provechosamente en la meditación iberoamericana gracias a la difusión del pensamiento de Ortega. La coherencia de la reflexión del autor se ve asegurada por medio de un recorrido cronológico y racionalmente ordenado que comienza con un ensayo de gran interés sobre los viajes que hizo José Ortega y Gasset a Argentina entre 1916 y 1936, y la atracción que el pensamiento del filósofo despertó en los hermanos de América, en principio estimulados por la coquetería intelectual orteguiana y al que al final olvidaron o casi ningunearon. Una relación difícil la de Ortega con Argentina, desentrañada por Llera en el primer ensayo del volumen a modo de prólogo o como el mismo autor escribe de “preludio”, pues Llera, reconocido y hondo estudioso de Ortega —mencionemos por de pronto el trabajo introductorio a *La deshumanización del arte* publicado por Biblioteca Nueva en 2005— es plenamente consciente de la manera como se introdujo en América la filosofía orteguiana. En un primer momento, merced a la misma voz de Ortega, a veces ignorada como ocurrió en Argentina en los últimos viajes del autor, después a través del exilio de toda una pléyade de discípulos y buenos conocedores de su obra. Ortega, que se había dado a conocer como “introdutor y animador fundamental y fundador de la Edad de Plata de la filosofía española”, como nos cuenta Llera, y como pensador capaz de moldear y unir toda una clase de filósofos de pura cepa, que no se puede reducir a la sola *Escuela de Madrid*, llega más lejos de su voz con la de sus discípulos desterrados. Para seguir, o mejor dicho, para empezar a entrar en el corazón del tema, el autor ofrece un segundo ensayo que enmarca históricamente la circunstancia del pensamiento filosófico español en el umbral del exilio, presentando las Escuelas de Madrid y la de Barcelona y subrayando la presencia de un pensamiento en ciernes constituido por los inicios de la Escuela de San Sebastián, sobre la que vuelve en otro ensayo ulterior. Subraya así de paso las condiciones favorables o no que los autores perteneciente a tales escuelas de pensamiento encontraron en Iberoamérica.

Al presentarnos las circunstancias culturales en las que los exiliados iban a encontrarse y al subrayar la ocasión magnífica que supuso la *La Casa de España* y la generosidad demostrada por el presidente de México, Cárdenas, Llera no se deja llevar por un elogio fácil de la coincidencia de factores positivos mexicanos y pone de relieve la multifacética, dramática y a veces irónica condición de los desterrados de España en algunas naciones de América. Nos revela además las principales corrientes del pensamiento que antes del año 1939 se habían encontrado en el ámbito mexicano y además las personalidades de relieve en la filosofía. En especial insiste en cómo dichas corrientes se acercaron y supieron enriquecerse a través de la enseñanza de José Gaos —entre los exiliados, por cierto, el más poderoso creador de una escuela de pensamiento en México— y también de otros autores que supieron llegar a ser escuchados y queridos por sus nuevos discípulos.



En cuanto a la clasificación de las escuelas del pensamiento español durante las décadas de los 20 y de los 30 se demuestra particularmente atractiva e innovadora la propuesta de Llera al considerar además de las ya reconocidas Escuela de Madrid y de Barcelona, la presencia de una Escuela filosófica vasca que encuentra su centro neurálgico en la ciudad de San Sebastián. Escuela sobre la que Llera se detiene antes en el primer ensayo pero de manera particular en el segundo dedicado al “Pensamiento en el exilio vasco”. Formada por un gran número de pensadores donostiarros, como Zaragüeta, Zubiri e Ímaz, unidos por una formación similar y, muchas veces, por una sólida amistad, y por una admiración hacia el filósofo vasco por excelencia, don Miguel de Unamuno, la escuela presenta determinadas constantes que el autor subraya. Además de estos aspectos, bien puestos de relieve en las páginas del ensayo, Llera aclara otros vínculos que conectan a los autores vascos entre sí, como por ejemplo la fuerte personalidad en el ámbito filosófico que une a los donostiarros, junto a una asistematicidad y a un interés vivo no solo por la filosofía –francesa, alemana y evidentemente española– sino también por la literatura y la poesía, así como por otros referentes del pensamiento filosófico. El autor no olvida algunos autores de interés, dentro del pensamiento vasco, como Cástor Narvarte que se aleja un tanto de sus paisanos por sus intereses y por su actitud más sistemática que demuestra, y como Juan David García Bacca, del que Llera no oculta la formación en Cataluña antes de demostrar las componentes que lo vinculan a la Escuela de Donosti. La figura del desafortunado pensador vasco Eugenio Ímaz ocupa no pocas páginas de este trabajo. De él se nos presenta su intensa actividad, al principio de estudioso, y después de traductor y pensador, en un útil recorrido cronológico y en el ensayo sobre “Ímaz en el contexto cultural español de los años 20 y 30: las revistas”. Aquí de nuevo Llera no olvida la temporada anterior al exilio del filósofo de San Sebastián, en favor única y exclusivamente del periodo americano, enmarcando la vida y la reflexión de Ímaz hasta los años 20 y su colaboración en algunas revistas, entre las que destaca la revista de José Bergamín, *Cruz y raya* (1933-1936). La participación de Ímaz como secretario de redacción de la publicación, en la que se publicaban escritos firmados tanto por Luis Rosales y Luis Felipe Vivanco como por José Bergamín y María Zambrano, permite a Llera poner en evidencia cómo, durante los años 20 y 30, y hasta julio de 1936, no por radicalizarse las divisiones políticas entre los intelectuales, se inclinaban a tomar partido por uno de los dos bandos. Por el contrario, el autor opina que en el intervalo de la “dictablanda” de Miguel Primo de Rivera los intereses de los intelectuales, lejos de ocupar sus mentes en el tema político, se diversificaron. Es en estos años cuando el coro de intelectuales, filósofos, poetas, escritores, se reunían en tertulias, más por afinidades y vivacidad intelectual que por simpatías de color político.

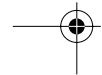
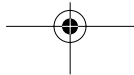
El redescubrimiento del continente americano por el exilio de los filósofos, como segundo foco temático del volumen, es dilucidado en los dos últimos ensayos. El primero se acerca al pensamiento del filósofo Eugenio Nicol mientras que el otro reflexiona sobre la enseñanza de José Gaos al joven discípulo mexicano, Leopoldo



Zea. El redescubrimiento de América por Nicol pasa a través de la experiencia biográfica que influye en su obra, que se propone ser la síntesis de los dos países, de las dos culturas, la española y la mexicana. Nicol, transterrado, según el afortunado termino gaosiano, explica la identidad americana a través de la fusión entre población indígena y española, una unión vital y espiritual en que se matizan las diferencias polémicas entre indios y “gachupines”. Un pensamiento positivo, el del filósofo catalán, en el que se descubre no solamente la intención de sintetizar las dos culturas sino también la fuerza enriquecedora que él mismo vislumbra en su exilio. La misma fuerza que Gaos encuentra en su tierra de adopción, México, pues se le otorga la nacionalidad después de tres años de destierro, es también la de Gaos, uno de los pocos que supo comprender la imposibilidad de volver a España y la necesidad de edificar allí una nueva vida. Gracias al exilio el pensamiento gaosiano pudo echar raíces en tierra mexicana y crear una sólida escuela de pensamiento que sigue fructificando en aquel país.

De manera diferente a otros exiliados que, por razones de traslados, forzados o no, o por el sueño de volver, rechazaron arraigarse en el continente nuevo que los acogió, Gaos creó con sus discípulos una escuela tan fuerte que fue compartida por dos generaciones: los “hegelianos” y los “hiperiones”, influidos por el pensamiento francés, como subraya Llera. Pero la suerte mayor del filósofo, por lo que el mismo recuerda en *Confesiones profesionales* es haber conocido a Leopoldo Zea, discípulo en aquel tiempo de Samuel Ramos y lector de Ortega. Discípulo excelente y fiel que, a decir de Gaos había sido “el mayor éxito de mi vida como profesor”, como Llera cita desde la biografía del filósofo. A través de esta relación entre el joven pero ya formado profesor Gaos y el estudiante Zea, se podría interpretar, casi de forma simbólica, la relación estrecha entre el pensamiento español y el mexicano, e iberoamericano en general, en términos de una síntesis y una ósmosis entre el maestro y el discípulo, entre una cultura y la otra. El descubrimiento por parte de las dos culturas de las propias raíces culturales e históricas, lleva sin posibilidad de vuelta a profundizar en el conocimiento del propio origen y quizá a mejorarse. Eso nos parece, de alguna manera, lo que en algunos aspectos ocurrió entre los dos países y los dos pueblos.

Y, en este sentido, nos parece importante saludar la publicación de este volumen, que no se perfila sólo como una historia del pensamiento de los filósofos desterrados sino también, a nuestro parecer, como una historia de la cultura, o sea, como señala con tino José Andrés-Gallego (CSIC) en la presentación del libro: “Este libro no desarrolla sistemas filosóficos sino trayectorias vitales pensadas en clave filosóficas por sus protagonistas” (9). A propósito de las trayectorias de vida de los protagonistas del exilio no es posible descuidar la contribución que Alessia Cassani ha ofrecido al volumen ocupándose de la última parte dedicada a las biografías de algunos autores españoles y mexicanos tratados por Llera en su recorrido. En una serie de marcos biográficos dedicados a Gaos, Nicol, García Bacca, Zea, Ímaz y Narvarte, sintéticos, completos, y nada banales, Cassani ofrece al lector una guía para moverse



en el complicado panorama que Llera ha sabido concretizar en su volumen, complementando así la obra del estudioso extremeño.

Laura Mt. Durante  
Universidad de Calabria. Cosenza

ENGUITA UTRILLA, José María. *Para la historia de los americanismos léxicos*. Frankfurt am Main: Peter Lang, 2004. 282 pp. (ISBN: 3-631-52653-9)

José María Enguita Utrilla es conocido desde hace muchos años por su ingente obra sobre el español de América. Su tesis doctoral delata su temprano interés por el léxico americano y los textos cronísticos, temas ambos a los que ha dedicado gran parte de su investigación lingüística, como también lo atestigua la obra que reseñamos. *Para la historia de los americanismos léxicos* se compone de catorce trabajos, publicados todos ellos entre 1992 y 2002 y en su mayoría reelaborados para la presente recopilación. Los capítulos han sido distribuidos en tres partes: Introducción, Indoamericanismos léxicos y Otros americanismos léxicos. Las tres, como veremos a continuación, estudian aspectos relativos a la formación del léxico hispanoamericano a partir de textos cronísticos del siglo XVI.

El primer capítulo, "La diferenciación léxica de Hispanoamérica en los textos coloniales del siglo XVI" (15-30), introduce un tema que, como afirma Enguita, ha atraído la atención de numerosos investigadores y ha sido objeto de abundantísimos estudios en estos últimos años. El autor hace alusión a la dificultad que existe a la hora de delimitar el concepto de americanismo y, sin detenerse a analizar las diferentes propuestas, cita algunas obras que se ocupan de la definición y tipología del término. "Es necesario partir de una definición ajustada de lo que debe entenderse como americanismo léxico" (15) afirma, sin especificar un contenido concreto. Enguita no se contenta en destacar la temprana diferenciación regional sino que explica las causas que favorecieron dicha diferenciación léxica. La necesidad de dar nombre a cosas desconocidas tiene su respuesta en la gran entrada de préstamos de las lenguas indígenas. Junto a este fenómeno, el intento de adaptar la lengua colonizadora a la realidad americana origina neologismos de base patrimonial. El influjo de las lenguas amerindias ha sido uno de los temas más estudiados del léxico colonial. No sólo se han editado inventarios sino que también se "ha incidido en aspectos como la actitud de los cronistas ante el vocabulario indígena, la desigual presencia —desde una perspectiva cuantitativa— de términos amerindios en los distintos autores de acuerdo con los temas de que tratan, su formación cultural o sus preocupaciones específicas, los procedimientos de transmisión y la difusión geográfica" (16-17). Al dinamismo que surge de los préstamos y neologismos, habría que añadir la preferencia de los hablantes por una u otra forma, preferencia que se aprecia en el siglo XVI con menos fuerza, pero que posteriormente irá configurando las diferentes variedades regionales, testimoniará la vitalidad de un término o condu-